

EL IRIS DE PAZ.

REVISTA DE ESTUDIOS PSICOLOGICOS

ORGANO DE PROPAGANDA Y ECO DEL MOVIMIENTO GENERAL ESPIRITISTA.



DIRECTORA—ADMINISTRADORA,
Agustina Guffain.



No te dejes apartar de tus deberes por cualquiera reflexion vana que respecto á tí pueda hacer el mundo necio, porque en tu poder no están sus censuras, y por consiguiente no deben importarte nada

EPICTETO.

Ni la existencia, ni el trabajo, ni el dolor concluyen donde empieza un sepulcro. Si el agitado sueño de la vida no es el reposo, no lo es tampoco el profundo sueño de la muerte.

MARIETTA.

ENTERED AT THE POST OFFICE AT MAYAGUEZ P.R. AS SECOND CLASS MATTER APRIL 5 TH 1904

OJO POR OJO

Es menester que se paise que morir es nacer en otra parte.

¿Comprendéis la espantosa frase: "en otra parte"....

VICTOR HUGO.

Sustentais la pena de muerte, la defendeis y no quereis permitir que se borre de nuestras leyes? ¡Está bién! Tal vez la sociedad merece aún que la represente el *verdugo*. Tal vez los hombres merecen aún que los represente una sociedad que necesita el verdugo para la ejecución de la Ley! Así es de infame la Ley

que confeccionaron los hombres! Aún necesita que el verdugo la ejecute!

Con la aplicación de la pena de muerte se comete un doble crimen; y un doble crimen con todas las circunstancias de *asesinato en primer grado*. Asesina el verdugo y asesina la sociedad que ordena el asesinato.

Y cometen ambas, *iguales* entidades: sociedad y verdugo; tan vil y repugnante asesinato, no para regenerar, que eso no puede ser, sino en el ejercicio de un acto de cruel venganza.

Y la opinión de los hombres honrados no se oye; ni se oye la protesta de la Justicia Divina cuando dice: *No matarás*.

¡No importa! La verdad será! Porque la verdad es eterna, absoluta

y como foco de luz irá cada vez irradiando con mayor intensidad hasta anonadar á los malvados.

Combatimos la pena de muerte, queremos que se borre ese monstruo, de nuestras leyes, no solo porque ese artículo deshonra á nuestra legislación, ni porque ese artículo es muestra de la degradación moral y social en que la sociedad aún se agita, sino porque á la luz de la ciencia en sus manifestaciones más altas, claramente se lee la horrible sentencia que se pronuncia contra la sociedad cada vez que se ejecuta la infamante sentencia de los hombres: *Ojo por ojo.*

Si, si, *morir es nacer en otra parte, y esa otra parte* que señala la Ciencia con el índice de Victor Hugo, de Crookes y Wallace, *esa otra parte*, es la vida del YO, la vida del Espíritu, con toda su inteligencia, con toda su sensibilidad y con toda su voluntad; pero con mayor grado de libertad que la humana, porque se mueve en una vida menos limitada que la vida del hombre de la tierra.

¡Oh!... Y ¿quien murió víctima de venganza cruel, asesinado por una sociedad indolente que le prohíbe toda clase de defensa; que le hace sufrir los estertores de una agonía atroz, que le entrega atado á otro hombre, para que éste le *ahorque* ó le *agarrote* horriblemente, no ha de renacer en *otra parte*, llevando en sus facultades intelectuales, sensibles y voluntativas la pasión más alta de la *venganza*?

¡Sí! Y supervive con esa sed de venganza, multiplicando los medios de ejercerla contra todos *aquellos*, contra las esposas y los hijos de *aquellos* que se taparon los oídos á la voz, al ¡ay! quejumbroso del *caído*; que fueron sordos á la voz de Dios que dice: *no matarás.*

De aquí las *obsesiones* terribles! De aquí el cadalso mil veces levantado.

De aquí el idiotismo, la locura, el suicidio. De aquí el que un hombre sea á veces el ludibrio de los demás hombres.

Porque la venganza, la sed de venganza por parte del q. muere desesperado y y soberbio para renacer en *otra parte*, soberbio y desesperado, es insaciable, y, cuanto más se ejecuta, más deseos despiertan en el corazón del que, ansioso de vengarse, pide *sangre mucha sangre, más sangre.*

La verdad es la verdad aunque los malvados no quieran reconocerla ni sentirla.

No abolís hoy la pena de muerte pudiendo hacerlo.

No quereis abolirla, porque aún quereis tener derecho para asesinar "legalmente", según vuestro modo de sentir.

Pues bien: Sabed que no haceis otra cosa que dictar terrible sentencia contra vosotros mismos, para cuando os toque la hora de "morir aquí para nacer en otra parte."

Sereis perseguidos por legiones de enemigos (vuestras víctimas) que os esperan, riendo, para haceros pasar por todas las fases del dolor.

• Y entonces?.....

"Vendreis" á pedir la abolición de "vuestras penas," que serán abolidas si, como acto de caridad y de justicia, por los que padecen hoy el martirio de vuestro despótico modo de sentir y proceder.

Os aplazamos, pues, para ante la realidad de los hechos!!

Que la verdad es la verdad, aunque los malvados no quieran reconocerla ni sentirla.

MANUEL DEVIS.



FRAGMENTO

¡Abajo el antifáz! Es
necesario que ese perpe-
tuo carnaval acabe.

Luis Muñoz Rivera.

Envuelto en su ridícula sotana,
Como un conjuro utópico de entermo,
Parece un muerto que dejó la huesa
Para andar por el mundo, siempre muerto.

Seguid sus huellas; descubrid su rastro;
Llegad hasta el cubil que llama templo;
Rasgad la débil máscara que lleva,
Y contemplad su corazón por dentro.

Encontrareis allí, como en el tondo
De la laguna, deleznable cieno,
Como en el fondo del sepulcro, sombras,
Como en el fondo del abismo, yermos.

Lanzadle al rostro su enemigo á muerte:
¡La verdad! ¡la verdad! lumbre del cielo;
Y si alumbráis conoceréis su vida,
Y si os descubre, temblará de miedo.

¡QUE SARCASMO!

En el "Heraldo Español" aparece un artículo firmado por un tal Filántropo, pseudónimo que está en contraposición de lo que escribe el articulista, y que viene á ser una mascarada, un verdadero sarcasmo.

Parece mentira, que hombres que se precian de tener talento, pierdan un tiempo precioso emborronando cuartillas en contra de aquellos que, como el digno y venerable anciano

Don Loreto Montalvo, se ocupan en obras benéficas, en pedir la abolición de la pena de muerte por creerla antisocial, semi-salvaje y creer que con ella se comete un doble crimen ante Dios, contraviniendo sus leyes.

El Sr. Filántropo dice: que los que están en contra de la pena de muerte será porque pensarán matar á alguien. ¡Valiente manera de pensar!

Quizas este buen Sr. encontrará muy edificante y de gran soláz el espectáculo que ofrece el cadalso con el ejecutor de la *justicia humana* y el reo esperando que le quite la *vida del cuerpo*, quién no se la ha dado. Sin

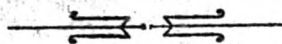
duda alguna que el alma *filantrópica* del Sr. Filántropo, gozará al contemplar la ejecución de uno ó varios seres semejantes suyos. ¡Si tendrá dicho Señor *reminiscencias inquisitoriales!*

Sepa por último el articulista, que la pena de muerte no redime ni regenera, que con ella nadie escarmienta, pues aquí en Puerto-Rico los crímenes se suceden á cada paso, y á diario vienen los periódicos relatando hechos sangrientos, como los que acontecieron á raíz de la ejecución de los reos en Ponce.

Como nuestro estimado hermano, en creencias Sr. Devis, trata esta cuestión de un modo magistral en nuestro editorial, suplicamos al Sr. Filántropo fije su atención en esos hermosos conceptos y tome para él la parte que le corresponda.

Hasta otra.

Meeting en Guayama



El Domingo último se celebró un meeting espiritista en el Coliseo Derkes de Guayama.

Según nos dicen quedó muy lucido, saliendo todos los concurrentes muy satisfechos del acto. Este fué llevado á cabo por nuestra estimada hermana é infatigable propagandista, la Sta. Lola Montes.

Felicitemos cordialmente á todos los que tomaron parte en dicho meeting.



Votaron á favor del Bill de la Abolición de la Pena de Muerte, aprobado en segunda lectura los Delegados siguientes:

El venerable Don Francisco M^o Quiñones.

El autor del Bill Don Loreto J. Montalvo.

Lcdo. Don Juan Ramón Ramos.

Dr. Don Santiago Veve.

Don Tomás Carrión.

Lcdo. Don Herminio Díaz Navarro.

Lcdo. Don Pascasio Fajardo.

Don Manuel V. Domenech.

Sr. Perez Avilés.

Lcdo. Don Manuel F. Rossy.

Don Pedro Carlos Timothé

Lcdo. Don Juan Matthey.

El Progreso avanza



Todo cuanto existe en la naturaleza se transforma bajo la acción poderosa del progreso, de ese eterno paladín de los siglos que desquicia cultos, hoy imperios y derrumba monarquías que esclavizan á pueblos y someten bajo su árbitro poder la libertad de pensar, que es la libertad más hermosa, la más grande entre todas las libertades.

Sí, el progreso avanza; cada día nos trasmite el cable sub-marino un nuevo invento que echa por el suelo á una vieja teoría concebida en la edad de hierro, en la edad de fantástica ignorancia y necias pretenciones. Cada hora que pasa nos aproximamos un poco más á la cima del progreso, en donde constantemente se elaboran nuevas ideas, principios reformados y saturados con el mágico esplendor de ese purísimo y resplandeciente sol de la verdad, que brilla en las regiones ocultas del infinito.

Las brisas del progreso arrasan con los miasmas que infectan el ambiente despejando la atmósfera en donde nos agitamos los que venimos laborando por la gran causa de la redención humana, de esa redención que tantas lágrimas ha costado y que tantos mártires han pagado con sus vidas.

El cielo se despeja ya; las nubes que empañaban el sol de la verdad se van convirtiendo en humo y la humanidad entrevee con más precisión su porvenir soñado, ese porvenir que le ocultaban los refractarios, los ciegos de espíritu que se han complacido vivir en medio de las tinieblas, en las obscuridades del pasado borrascoso, lleno de crímenes, de sombras espantosas.

Pero los refractarios han vislumbreado también los rayos que despide ese sol. Ya no pasarán más su vida envueltos en la negra ola de la duda, pues la duda ha ido desapareciendo y cuando no se duda se cree, se acepta, se convence uno del hecho....

Ya nadie duda que en la naturaleza hay nada en la inercia, nó; todos sabemos que todo tiene vida propia, que todo se mueve, que todo en fin, obedece á una ley que lo transforma y lo hace ascender de grado en grado hasta la cumbre de lo infinito, de lo desconocido, de lo que no se puede medir ni con el cálculo del sabio ni con el pensamiento del espiritualista que recorre miles de leguas en el cortísimo intervalo de varios segundos.

Dudar, por lo tanto, de los progresos que se realizan en la naturaleza, en esa eterna creadora de los siglos, en esa tierna y amorosa madre, equivaldría negar la excelsa justicia del Gran Arquitecto que mora en las inconmensurables regiones de lo infinito.....

Si llevamos la mirada á todas partes, en todas partes veremos el progreso en sublime consorcio con la ciencia asombrando al mundo con nuevas proezas. La ciencia no se detiene en su curso; ella puede más que todos los poderes juntos, que todas las voluntades unidas....

Ahora veamos las conquistas de la ciencia y detengámonos un momento ante los asombrosos progresos que ésta ha venido realizando. La ciencia ha sido el auxiliar más poderoso del hombre, pues sin ella no tendríamos la imprenta para hacernos comprender más fácilmente, y darle todas las formas posibles al pensamiento exteriorizando las ideas. Sin el auxilio de la ciencia, Franklin no hubiera apagado el rayo en sus piés; Walt no hubiera descubierto la máquina del vapor; Edisson no nos hubiera legado

el fonógrafo y el teléfono; Stettenson no hubiera montado sobre dos delgados hilos la locomotora que con velocidad asombrosa atraviesa montes, pasa por túneles y hasta sube por altas pendientes deslizándose suavemente por profundas bajadas; tampoco Newton hubiera descubierto la ley de gravedad para pesar los cuerpos, ni Marconi hubiera realizado el importante invento llamado el telégrafo sin hilos.

A la ciencia le debemos el telescopio y el espectroscopio para estudiar lo infinitamente grande y el microscopio para analizar lo infinitamente pequeño.

Vemos por lo dicho que la ciencia todo lo puede. Ya no pasaremos más los mejores años de nuestra vida contemplando de cerca el por qué de este ó aquel misterio, si tenemos á manos la clave de todos los problemas. Tampoco presenciaremos estupefactos las evoluciones del progreso sin intervenir en ellas ni tomar parte en las múltiples y variadas formas que se nos presentan esas transformaciones del pensamiento.

La ciencia y el progreso saludan al hombre, y el hombre se siente fortalecido y lleno de entusiasmo porque no presencia la esclavitud de otros días, aquella esclavitud vergonzosa que se alimentó en el seno de las religiones; que tuvo su origen en la ignorancia de los mismos hombres y tendrá su fin en los estertores de este gran siglo. Por eso no extraña que hayan habido tantos déspotas y engreídos; si bien sabemos que todo ha sido una necesidad del género humano, porque no de otro modo tampoco nos explicaríamos el poder del progreso, su razón de ser y hasta el importantísimo papel que desempeña como una de las leyes de la naturaleza.

Verdaderamente que no hay razones que justifiquen el por qué de tan

to atraso moral, si atendemos que en todos los tiempos Dios ha querido que descendiera á la tierra uno que otro profeta con misión especial de educar y corregir á los hombres viciosos; pero, como he dicho ya, una necesidad apremiante se hizo toda esa infernal mezcla de ideas para que los hombres aprendieran á respetarse.

Las generaciones se han sucedido una tras otra. Cada una tiene su historia particular; cada una marca su faz en el gran libro de los acontecimientos, la nuestra, es decir, la regeneración de este siglo hace el resumen de todas dejando estampada en el gran libro universal los gloriosos acontecimientos del progreso y la ciencia.

HIGINIO LOPEZ SOTO.

Moca, 1904.



DONDE LAS DAN LAS TOMAN



Un señor que se firma L. Hurtado, con un fin poco laudable por cierto, desde las columnas de "La Buena Voluntad," hojilla protestante que se publica en la ciudad de San German, nos endilga una jerigonza con el chabacano rubro "Aclaración de un versículo," en la cual, creyendo su autor poder una pica en Flandes, ha conseguido solamente probar que tiene desarrollado muy poco el sentido común y que conoce el castellano también como nosotros el ingles.

Como introito de dicha jerigonza, dice el Sr. Hurtado que "vino á este pueblo la noche última del año, con objeto de celebrar un Culto Velada, y que tuvo á bien dar un paseo en señal

de anuncio." No conocíamos este nuevo procedimiento de anunciar el culto protestante, único en su género y que suple con ventaja á las esquelas de invitación y á las campanas de que se valen los católicos para reunir los adeptos en sus iglesias. El señor Hurtado debe apresurarse á pedir al gobierno patente de invención, antes de que algún mal intencionado le juegue una mala pasada.

Y, por aquel estilo, escribe tantas *inocentadas* el señor Hurtado, en su citado artículo, que, por más vueltas y revueltas que hemos dado á sus elucubraciones, no encontramos en ellas nada digno de una contestación seria y formal.

Sin embargo, con la picota de la lógica y de la razón en la mano vamos á demoler uno de los argumentos del señor Hurtado, el único en que hemos fijado más la atención, y es este. Dice el señor Hurtado: "Si quereis predicar la moral al pueblo debéis tomar por ejemplo á Cristo, y entonces tendreis que os seguirán muchas personas; no á vosotros, no á vuestros centros, no al espiritismo; pero sí á Cristo en espíritu y en verdad."

Dice el señor Hurtado: "y entonces tendreis que os seguirán muchas personas," añadiendo después "no á vosotros, no á vuestros centros, & &."

Esto en buen castellano se llama no tener conciencia de lo que se dice ó estar desposeido de sentido común.

¡Vean ustedes que buen consejero y que moralista nos ha salido al encuentro!

El mundo marcha, Pelletan lo dijo y es una gran verdad.—Hemos llegado á un estado tal de progreso y de cultura que á cada vuelta de una esquina le sale á uno un consejero de marca mayor, un moralista turibundo.

Pero que consejeros, Dios mío! Se creen iluminados por los destellos

de la verdad, y en su ignorancia y obsecación, no ven que por un puñado de monedas tienen todas sus facultades y potencias puestas al servicio de los más lamentables errores y de los más deplorables absurdos.

¡Oh vanidad! ¡Oh egoismo humano! ¡Hasta cuando roereis el corazón del hombre?

Le ha chocado á V., señor Hurtado, que yo dijera: "Solamente el comunicarse con los muertos no es el Espiritismo?" Lo siento, amigo; pero yo no tengo la culpa de que V. por su desconocimiento de la cosa, no haya podido sacar las consecuencias de mi dicho, ni se diera cuenta de las conclusiones que senté más luego al hacer aquella afirmación.

Nosotros los Espiritistas que seguimos al pié de la letra las enseñanzas de nuestro Maestro Jesús, vemos en todos nuestros semejantes solo hermanos, pertenezcan á la religión que pertenezcan; nosotros los Espiritistas respetamos todas las creencias y no por la violencia ni por el derramamiento de sangre como han hecho las llamadas religiones positivas, sino por el amor y el buen ejemplo, imponemos nuestras creencias. Y sin embargo á cada rato nos sale al encuentro un enemigo gratuito, queriéndonos pintar al revés de lo que somos y creemos y zahiriéndonos sin compasión.

Y ¿á que se debe esto? A la ignorancia de los más; al supino desconocimiento que tienen algunos del Espiritismo; á la mala fé de otros, al fanatismo en que aún está envuelta la humanidad y á la conveniencia sacerdotal.—Porque el Espiritismo es la verdad de la revelación cristiana, y como tal enseña al hombre á adorar á Dios, á conocerse así mismo y á sus semejantes y á libertarse de las garras de esos Ministros que en pugna con el Evangelio que dice: "dad gratuitamente lo que gratuitamente se

os ha dado, viven á sus anchas con los dineros que la ignorancia le suministra al considerarlos sus pastores.

Pero á medida que los hombres van despertando y sacudiendo las redes en que los tiene aún envueltos la superstición; la esclavitud moral en que yacen sumidas algunas conciencias, desaparecerá, y con ellas los falsos Cristos y los falsos profetas de que nos habla Jesús.

Vuestro reinado pasará, escribas y fariseos modernos; y cuando la verdad religiosa brille en toda su magnitud, entonces llorareis vuestros errores y os avergonzareis de haber explotado por tanto tiempo la ignorancia y la credulidad.

Adios, señor Hurtado, nosotros le agradecemos su gratuito ataque que nos ha proporcionado el placer de decir en la prensa algunas verdades, aunque amargas para algunos; y le suplicamos que si otra vez tiene la mala ocurrencia de fustigarnos, se tome una buena dosis de sentido común y aguse más el ingenio para que no salga tan mal librado como en esta ocasión.

LINO J. VEGA.

Cabo Rojo, Enero 25 1904.



¡Guerra!



Por doquiera escúchase el grito de guerra. Poderosas naciones donde el sol de la civilización alumbra con rayos más esplendentes preparan para el combate; hermosos buques de sólida construcción surcan el océano; millares de hombres son preparados

por los gobiernos para la fatal marcha y parece como que la humana muchedumbre, la presente generación, retrocede cien lustros y olvida los progresos y las ciencias del siglo en que vivimos.

Los déspotas, ocultos en sus suntuosas moradas, mandan, con la energía que le exige el alto poder de que están revestidos, y los ciervos, es decir, el pueblo que sufre las miserias y calamidades, obedece á aquella voz y marcha á la lucha al toque de generala.

¡Qué importa que mueran millares de hombres! ¡qué importa que millares de madres queden sin hijos! ¡qué importa que millares de hijos queden sin padres! ¡qué importa si son hombres del pueblo los que caen, si son seres ignorantes los que mueren, si son tristes obreros los que desaparecen en la boca del cañón enemigo

El Cesar manda y desde su elevado trono contempla con la sonrisa en los labios, la humana turba bañarse en su propia sangre, y cuando su caravana de esclavos vence, cuando su jauría arranca la victoria al contrario y con ésta la posesión de algún territorio, entonces, aquellos bravos guerreros son victoreados por el déspota, como premio á su patriotismo.

.....

 El progreso es una verdad; una revolución moral ha estallado en la conciencia universal; las ideas de regeneración apodérándose de las masas, amenazan echar por tierra todo lo que estorbe á la marcha del progreso, y ante esta lucha, los poderosos tiemblan; los Césares precaviendo su muerte, quieren detener este combate; y levantan ídolos, y entusiasman á la turba ignorante con el dulce nombre de Patria; y la entretienen en las fratricidas contiendas.

¡Oh déspotas, desoid la voz de guerra, despojaos de toda ambición, mirad á vuestros súbditos como hombres y no como cosas!

El dinero que empleais en las batallas invertidlo en algo más útil. Levantad fábricas, y esos ejércitos que á costa del pobre pueblo sosteneis y á costa de su ignorancia mandais al sacrificio, empleadlos en construir, y no en la destrucción.

Que la limosna que le arrojais, sea por su trabajo y no por su vida

Mirad que una nueva civilización empieza á verter sus rayos de regeneración sobre los hombres, y vuestros palacios serán convertidos en cenizas por esa luz que lanzará del corazón humano, el odio, la venganza, la ambición, el fanatismo y todo lo malo que les habeis infiltrado, surgiendo la verdadera paz, el amor universal.

Mirad que hay un ojo invisible que todo lo vé; que contempla desde su morada estrellada vuestros actos; que mide con la vara de su justicia verdadera vuestros hechos y que os señala con su imponente dedo.

No creais que con sangrientas guerras podreis detener la marcha del Progreso.

Lo malo es del hombre, lo bueno es de Dios.

El Progreso es del Supremo Sér, y todo lo que de El surge, ningún obstáculo humano puede desviarlo de su destino,

Meditad un instante, ¡oh señores absolutos! pensad en el futuro de la humanidad y comprendereis que lo malo no subsistirá, que las sombras no pueden vencer á la luz, y que el Creador marca su tiempo á todo lo que obstruye el paso á la verdad, pero cuando ese tiempo se cumpla, vuestro poderío, á impulso de un poder superior, rodará por tierra, y vuestras conciencias quedarán perturbadas por los

ayes de centenares de víctimas, que vuestro orgullo y vuestra ambición inmolarán en nombre de la Patria.

ERNESTO AVELLANET MATTEY.



“La prima donna.”



—Jennie querida, ¿quiere usted ser la valiente mujercita de su mamá?

La niña inclinó rápidamente su cabecita y cuadró sus pequeños hombros, como en actitud de sostener el peso del mundo. Jennie tenía ocho años y era pequeña para su edad.

—Bien, queridita, hermana May está enferma, tan enferma que necesita de un médico. ¿Será usted buena y valiente y no llorará si mamá las deja por algunos momentos? Usted sabe que el doctor vive, siguiendo hacia abajo de la vía férrea, y tan lejos que mamá no puede estar de vuelta antes de media hora.

Los ojos de Jennie se dilataron un poco con miedo, pero se inclinó con más vehemencia su cabecita rizada.

—Seré buena—palabra, lo seré.

Mrs. Moore al murmurar “queridísima pequeña me pesa hacerlo, pero no hay otro remedio” dirigió una rápida mirada á la carita inquieta que estaba en la cama en el rincón, y con un manto sobre su cabeza se deslizó suavemente por la puerta lanzándose á la obscuridad de la noche.

Por un momento, después que la puerta se cerró detrás de su madre, Jennie no se movió; después miró de reojo por encima de sus hombros las curiosas sombras que la candela de la chimenea proyectaba sobre la pared, según el tuego corría nerviosa-

mente sobre la leña del fogón.

—¡Vamos! ¡quién tiene miedo!—dijo ella en voz alta:—¡Ah! ¡ah! se rió sin ganas, y una gruesa lágrima se vino á extender sobre su delantal. Entonces corrió á la puerta detrás de su madre y miró hacia afuera en la obscuridad.

La casita estaba aislada, y se parecía á un punto negro al lado de la vía férrea que se extendía hacia el Norte y después hacia el Sur en lejanas millas de curvas. Durante dos días y dos noches había estado lloviendo. Jennie podía oír la corriente que se desbordaba por el recodo más arriba de la casa, con furia, y batiendo con sus aguas turbias y crecidas las rocas y estribos del puente del ferrocarril. De repente la niña retrocedió con violencia hacia adentro del cuarto y cerró la puerta con estrépito.

—¡Oh! ¡oh! Cualquiera tiene miedo—dijo ella con tono valiente, poniéndose de espaldas detrás de la puerta que empujó con fuerza á pesar de estar cerrada. Entonces una voz que salió del rincón del cuarto, llamó su atención haciéndola temblar.

—Venga acá, niña.

Era la manera de hablar de su hermana, que extraña también parecía, con esos ojos ferozmente brillantes, y el pelo flotando sobre sus espaldas.

—Venga acá, niña!—ordenó otra voz con tono seco.

Jennie se adelantó entonces hasta el medió del aposento.

—¿Quiere oír la señora cantar?—dijo la voz desde la cama, más suavemente.

Jennie abrió los ojos cuanto pudo, pero nada dijo.

—Necesito oír cantar á la señora—insistió la voz en tono más fuerte.

Jennie se retiró hasta la esquina opuesta.

—Bien, ¿no puede usted?—inquirió tímidamente.

La niña en la cama meneó la cabeza con sentimiento.

—Ella no va á pararse. Pasará junto á la casa.

Entonces el tono de su voz se cambió en otro de impaciencia.

—Niñita, ¿no quiere usted tener la bondad de parar el tren y de decirle que necesito que salga de él y venga á cantarme? tenga la bondad de hacerlo.

—¡Cómo, yo no puedo May—dijo Jennie con timidez —¿que está usted diciendo?

Una mirada de horror pasó por las pálidas facciones de la otra niña.

—Niñita, usted va á tener que pararla! ¡oh! ¡oh! La cantatriz se va á matar! El puente, el puente! Para el tren! oh! oh! gritó, concluyendo en un prolongado llanto que hizo salir á Jennie de su rincón, y que la hizo salir á la obscuridad teniendo la cara pálida y demacrada.

La niña no tenía una idea clara de lo que hacía, pero intentaba alcanzar á su mamá y apurarla para que viniera pronto. Debía haber algo muy extraño para que May hablase de esa manera. Marchó hacia arriba de la vía enteramente en opuesta dirección, pero ella lo ignoraba. La lluvia había cesado, y la luna aparecía como una débil nube luminosa, lejos, arriba en el firmamento.

A los pocos pasos de la casa, Jennie, con un agudo grito de terror, se paró de repente á la orilla oscura y espantosa de un abismo. El puente se había ido. En ese momento ella oyó á lo lejos, detrás, el débil silbido del tren expreso de media noche.

Eleonor H. Porter.

(Traducido por J. T. Steinacher.)

(De "La Correspondencia.")

(Concluirá.)